

LA FAMILIA, AMBITO DE COMUNIDAD Y LIBERTAD

POR

SANTIAGO ARELLANO HERNÁNDEZ

Cuando se me ofreció la posibilidad de participar en la ponencia sobre la familia, no titubeé en aceptarla. Mi condición de padre me animaba a ello: pero sobre todo, e independientemente de la mínima importancia del contenido de mi ponencia, me atrajo la ocasión que se me brindaba para agradecer en público lo que durante tanto tiempo había reconocido en privado.

Soy discípulo de «Schola Cordis Iesu», la escuela que enseña a alzar la cabeza esperanzada en medio de unos tiempos cargados de zozobra, porque, por el camino de las misericordias de Dios y de sus maravillas, van preparando el advenimiento y triunfo del Reino de Nuestro Señor Jesucristo. Soy estudioso anónimo de los magistrales artículos y ponencias de *Verbo*, uno de los pocos consuelos en la algarabía de la «culturiscencia» de nuestros días, si me permiten el neologismo, amigo de los «amigos de la Ciudad Católica». Y soy un profesor de literatura de un I. B. de provincias, enamorado de la tradición española. Desde esta mi triple condición, permítanme romper una lanza en pro del último reducto donde el hombre puede todavía vivir como persona y encontrar la libertad, la familia.

De entre los múltiples aspectos discernibles en el tema, quiero en especial detenerme en dos: la familia como ámbito de libertad y la familia como sociedad, cuyo fundamento es la comunidad interpersonal.

Con el rigor y nitidez que le caracterizan, el Cardenal Ratzinger en su conferencia «Libertad y liberación» publicada en el *L'Observatore*, el 3 de agosto de 1986, afirma: «En reali-

dad, la familia es la célula inicial de la libertad, y mientras se la considere intacta, se habrá conseguido por lo menos un espacio mínimo de libertad». Más adelante argumenta: «La familia es el espacio originario de la libertad, por ser el lugar donde crecen las relaciones entre los hombres, que son relaciones de libertad, relaciones en que se fundamenta la persona humana». Por ello se atreve a denunciar: «De ahí que las dictaduras intentan indefectiblemente destruir la familia para eliminar este espacio de libertad, que de otra forma escaparía a su control». Y de donde nosotros podemos deducir el nombre que en propiedad corresponde a cualquier forma de gobierno que atente contra la familia.

En la Exhortación apostólica *Familiaris consortio*, Su Santidad Juan Pablo II hace hincapié en contemplar a la familia como «comunidad de personas». «En el matrimonio y en la familia se constituye un conjunto de relaciones interpersonales —relación conyugal, paternidad-maternidad, filiación, fraternidad— mediante las cuales toda persona queda introducida en la "familia humana" y en "la familia de Dios" que es la Iglesia». Afirma más adelante: «La familia, fundada y vivificada por el amor, es una comunidad de personas: del hombre y de la mujer esposos, de los padres y de los hijos, de los parientes. Su primer cometido es el vivir fielmente la realidad de la comunión con el empeño constante de desarrollar una auténtica comunidad de personas... El amor entre el hombre y la mujer en el matrimonio y, de forma derivada y más amplia, el amor entre los miembros de la misma familia —entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, entre parientes y familiares— está animado por un dinamismo interior e incesante que conduce la familia a una comunión cada vez más profunda e intensa, fundamento y alma de la comunidad conyugal y familiar». Por ello, con imperativo de conciencia nos recuerda: «Todos los miembros de la familia, cada uno según su propio don, tienen la gracia y la responsabilidad de construir, día a día, la comunión de las personas, haciendo de la familia una escuela de humanidad más completa y más rica: es lo que sucede con

el cuidado y el amor hacia los pequeños, los enfermos y los ancianos; con el servicio recíproco de todos los días, compartiendo los bienes, alegrías y sufrimientos». No podemos olvidar aquellas rotundas palabras que Su Santidad ha repetido en numerosas ocasiones: «La familia es el único lugar donde al hombre se le valora no por lo que tiene sino por lo que es».

Al analizar la situación de la familia en el mundo de hoy, Juan Pablo II titula significativamente el apartado: «Luces y sombras de la familia en la actualidad» y afirma: «La situación en que se halla la familia presenta aspectos positivos y negativos: signo, los unos, de la salvación de Cristo operante en el mundo; signo, los otros, del rechazo que el hombre opone al amor de Dios». Señala entre los primeros: «La conciencia más viva de la libertad personal, la mayor atención a la calidad de las relaciones interpersonales en el matrimonio, la promoción de la dignidad de la mujer, la procreación responsable, la educación de los hijos; se tiene además conciencia de la necesidad de desarrollar relaciones entre las familias, en orden a una ayuda recíproca espiritual y material, al conocimiento de la misión eclesial propia de la familia en su responsabilidad en la construcción de una sociedad más justa».

Señala entre los segundos: «Una equivocada concepción teórica y práctica de la independencia de los cónyuges entre sí; las graves ambigüedades acerca de la relación de autoridad entre padres e hijos; las dificultades concretas que con frecuencia experimenta la familia en la transmisión de los valores, el número cada vez mayor de divorcios, la plaga del aborto, el recurso cada vez más frecuente a la esterilización, la instauración de una verdadera y propia mentalidad anticoncepcional».

Otros muchos podría enumerar el propio Pontífice y no sería el menor la mentalidad generalizada entre los jóvenes del mundo occidental de haber perdido la ilusión de desarrollar la vocación al amor por el camino del matrimonio y de la familia, apostando su vida por el sexo sin amor, la pareja inestable o la promiscuidad de todo tipo.

Certeramente diagnostica Roma el fundamento de todos estos

males: «En la base de estos fenómenos negativos está muchas veces una corrupción de la idea y de la experiencia de la libertad, concebida no como la capacidad de realizar la verdad del proyecto de Dios sobre el matrimonio y la familia, sino como una fuerza autónoma de autoafirmación, no raramente contra los demás, en orden al propio bienestar egoísta».

Las últimas palabras del Pontífice nos pueden servir de guía para comprender que la crisis que padece la institución familiar no es fruto de un ataque aislado y nuevo, sino la última consecuencia inevitable de un modo de entender al hombre y su felicidad como individuo desvinculado de todo compromiso con los demás y hasta consigo mismo. La modernidad nos ha acostumbrado a contraponer la concepción teocéntrica de la vida medieval a un antropocentrismo libertador de vínculos humillantes y redentor de toda limitación que pueda parecer inherente a la naturaleza humana. Nada puede oponerse al simple acto de querer. La voluntad se hizo señora de la razón y el hombre la medida de todas las cosas. Un yo solitario y rebelde, regido por el ímpetu de cualquier deseo y olvidado o desdeñador de todo lazo próximo o vecinal, atremete incontenible en la vida de los pueblos occidentales. Su proceso devastador en estos últimos siglos no se detuvo en los muros de la patria, ni en el valladar de las regiones y comarcas. Su poder de destrucción tenía que extender sus consecuencias hasta las mismas entrañas del hogar. Sin duda que la familia está asaltada bárbaramente por la permisividad licenciosa de las costumbres y por la pérdida progresiva del recato y del pudor que la envilecedora pornografía destruye. Sin duda que la sociedad de consumo, que incita a identificar la felicidad con la posesión lo más efímera posible de objetos —use y tírelo— como modo eficaz de encontrar todo tipo de sensaciones placenteras que alivien o entretengan nuestro caminar, amenaza con esclavizar a nuestras gentes. Nada hay más exasperante que el lamento hipócrita de una sociedad que habitúa a sus ciudadanos desde su niñez más tierna a la búsqueda desenfrenada de los burdos placeres y satisfacciones físicas y se rasga las vestiduras amargamente ante la

plaga desoladora de la droga. Sin duda que el cerco económico, la parca ayuda familiar, el encarecimiento abusivo de las viviendas, la construcción de pisos estrechos y poco confortables, los impuestos que esquilman ahorros y patrimonios, etcétera, amenazan y debilitan la vida familiar. Sin embargo, mucho nos tememos que todos estos hechos no son causa directa, sino consecuencia de lo que el Santo Padre ha llamado «fuerza autónoma de autoafirmación». En la raíz de todos los males creo que debemos colocar la rebeldía del hombre moderno, que ha creído encontrar el fundamento de su independencia en la eliminación de todo lo que sea o recuerde la huella de Dios en él. ¿Por qué engañarnos? El «seréis como dioses» se sigue oyendo entre los mensajes liberadores de la promesa contemporánea.

Hasta tiempos recientes la dulzura de la manzana prohibida podía encandilar y atraer el corazón de muchos. ¿Será verdad que el hombre podrá al fin quedar liberado de sus males? Y los frutos aparentes parecían afianzar la contraposición del hombre como centro de nuestras posibilidades a la hegemonía de Dios: el antropocentrismo al teocentrismo. El tiempo se ha encargado de que descubramos que, tras la dulzura de la promesa, se encuentra la amargura de nuestra propia destrucción. No era posible. La grandeza del hombre no podía lograrse a costa de Dios. Es ambiguo, si no perverso, contraponer antropocentrismo a teocentrismo. Ningún espíritu cristiano, medieval o moderno, olvida al hombre al invocar a Dios. El hombre sigue siendo el centro de las inquietudes para quien mira a Dios como el original de nuestra semejanza e imagen. Al Dios centro de todo se contraponen un yo centro de todo, que en perspectiva psicológica se llama egocentrismo; egoísmo, en moral; y en teología, egolatría. Al teocentrismo medieval ha suplantado la egolatría moderna, no el antropocentrismo. Y a su verdadera grandeza y dignidad, el desmoronamiento de la misma vida humana.

La soledad, la incomunicación, la desconfianza, la esclavitud física y síquica han sido las consecuencias de aquella secular doctrina que cristalizó en el siglo XVIII en el lema de Libertad, Igualdad y Fraternidad, para sarcasmo de sus descendientes.

No se puede poner remedio a las consecuencias, si previamente no se atienden las premisas. El individualismo renacentista y su exaltación del yo, desvinculado de todo lazo social y moral, desencadenó el huracán que sigue dejando inhabitable la morada de los hombres. Sus promesas parecieron atractivas a la mirada, sus consecuencias estaban reservadas a nuestro tiempo para que pudiéramos saborear la amargura que habían de ocasionar.

En su magnífico ensayo *Sociología del Renacimiento*, A. von Martin afirma tajantemente: «A partir del Renacimiento, la sociedad dejó de ser comunidad». El individuo pasó a ser elemento de una sociedad sin lazos de creencias y tradiciones; la sociedad se convirtió en campo libre de batalla, dé intereses donde los más hábiles, atrastrados por la ambición de tener, olvidaron las exigencias que el poseer implica para los demás, y lo identificaron con el valer. Es honrado el que tiene y valioso el que posee. A partir de ese momento, y con la lentitud que las transformaciones sociales exigen, los pueblos pasaron a ser más nación que patria. Si los pueblos son naciones (lugar de los nacidos) sin patria (sin la herencia cultural e histórica de nuestros padres), lo patrio termina identificándose con el Estado, único todopoderoso; y la sociedad, aglomeración amorfa y masificada de individuos, que sólo el Estado absoluto tiene el deber de planificar. En este ambiente, la arraigada aspiración medieval y cristiana de lograr la sociedad fraternal universal se convirtió en la consideración del otro como enemigo y cobró sobrada actualidad la sentencia latina: *Homo homini lupus*. Nada existe más triste para un enamorado de nuestra patria que contemplar a los hijos nacidos en el mismo solar como extraños, aunque hablen el mismo idioma y vivan pared con pared. En realidad, ¿no creen que, en este sentido, la pérdida de lazos y tradiciones ha transformado a nuestros ciudadanos en auténticos apátridas?

Yo suelo decir que el primer divorcio moderno se dio cuando el individuo se desvinculó de aquella red de compromisos y amores que nos ayuntaban como células vivas de la vida de la patria.

El entramado de la vida social quedó roto y las relaciones personales de fidelidad, lealtad, servicio y generosidad quedaron suplantadas por el interés, medro, provecho, y hasta el amor se redujo a mero goce sexual.

Bien sabemos cómo España se resistió a sucumbir ante esta concepción de la existencia: más aún, cómo derrochó la sangre de sus gentes y su economía, consciente de que no peligraba sólo su propia identidad, sino el porvenir de la condición humana. Con una radicalidad que otros pueblos no pudieron o no supieron captar, España vislumbra las consecuencias que iba a desencadenar esta locura para Europa y aun para la misma humanidad; y adelanta desenlaces que sólo el transcurso de cinco siglos ha permitido hacer evidentes.

Sé que la historia o la filosofía son instrumentos de conocimiento que pueden desentrañar con rigor impecable el pasado de los hombres o las claves de su pensar. También la literatura se acerca al acontecimiento humano y, en su intento de reproducir, si no lo que sucedió, lo que pudo haber sucedido, ahonda en las claves del vivir y crea, con el instrumento del mito, ámbitos de realidad cuya verosimilitud permite contemplar y seguir la trayectoria de las vicisitudes del espíritu humano. Un grito enérgico de condena de la nueva sociedad, contundente, es el lamento elegíaco de Jorge Manrique en «Las coplas a la muerte de su padre». No es sólo la contemplación efímera de un mundo recientemente pasado lo que se nos canta. Con la claridad del que ha caído en la cuenta de la vanidad de las cosas tras que andamos y corremos, advierte a cada hombre: «Recuerde el alma dormida» que, si esta vida es camino, «cumple tener buen tino para andar esta jornada sin errar». Advierte de los peligros que las nuevas formas literarias ocultaban: «dejo las invocaciones de los famosos poetas y oradores, no curo de sus ficciones, que traen yerbas secretas, sus sabores». Y sentencia con la condena de olvido en esta vida, para aquellos que optaron por los placeres y dulzores de esta vida trabajada que traemos, como se comprueba en las bellísimas estrofas del *ubi sunt*. ¿Qué se hizo el rey don Juan? ¿Los infantes de Aragón, qué se

hicieron? ... ¿Qué se hicieron las damas, sus tocados, sus vestidos, sus olores? ¿Qué se hizo aquel trovar? Y el silencio como única respuesta sanciona acerca de la inconsistencia de tanta grandeza y pretensión. Por el contrario, los hombres, que como su padre optaron por el camino de la virtud, que «no dejó grandes tesoros, ni alcanzó muchas riquezas ni vajillas», serán dignos de figurar entre los hombres que han sobrevivido al tiempo como uno más de los virtuosos héroes de la antigüedad que han merecido la recompensa de la fama. Vida que «aunque tampoco es eterna ni verdadera: más con todo es muy mejor que la otra temporal, perecedera. Y añade: «El vivir que es perdurable no se gana con estados mundanales ni con vida delectable donde moran los pecados infernales». Existen dos maneras de llevar a cabo la existencia humana: o enrolándose en los estados mundanales, o cumpliendo fielmente con los compromisos y obligaciones sociales y morales que los estamentos u oficios comportaban: «más los buenos religiosos gánanlos con oraciones y con lloros; los caballeros famosos con trabajos y aflicciones contra moros». Las coplas no son sólo un canto nostálgico del pasado, sino un grito de advertencia que mira hacia el futuro: «no se engañe nadie, no». En ellas se condena la nueva sociedad que se avecina, ambiciosa, sensual, lujosa.

Gran parte de nuestra literatura clásica nace para hacer evidentes las consecuencias de una sociedad regida por los únicos afanes del lucro y de la lujuria desenfrenada. La mejor novela picaresca *El Guzmán de Alfarache*, no parece ser sino la constatación en cabeza de Guzmán, propia y ajena, de los males que una sociedad así acarrearía.

Sin embargo, los dos textos en que se refleja de un modo sobrecogedor la nueva sociedad son *La Celestina* y *El Lazarillo de Tormes*.

En el primero podremos observar el desmoronamiento de la sociedad medieval y la aparición de un mundo diferente. Los grandes móviles que orientan el comportamiento de los más ya no se apoyarán en las virtudes del espíritu. La lujuria y la avaricia se habrán señoreado del corazón de los seres humanos. La

palabra no se utilizará como vehículo de la verdad, sino como celada en la que se ocultan las más viles intenciones. Como lema que preside toda la obra, confiesa el criado Pármeno cuando ya ha sido transformado en desleal y lujurioso: «no sepas hablar y quitarte han el alma sin que sepas quién». Lema que podría servir de advertencia para tantos contemporáneos nuestros que tan ingenuamente se abandonan a los medios de comunicación.

No creo que exista obra más actual, de entre las clásicas, que *La Celestina*. El pansexualismo que la anega se identifica fácilmente con el erotismo y sensualidad de nuestro tiempo. El núcleo temático de la tragicomedia es la aspiración a la felicidad por medio de unas relaciones amorosas que rechazan claramente el matrimonio, lo que llamaríamos hoy el amor libre, tan extendido entre nuestros jóvenes.

Dejando a un lado las relaciones de medro e interés que constituyen el entramado del mundo social de la *Celestina*, vale la pena detenerse en el estudio que el autor realiza de la pasión amorosa de los personajes. No escatima Fernando de Rojas la idealización de los dos amantes, no oculta su entusiasmo y admiración ante la belleza de Calisto y Melibea. El auto XIX se ha reconocido unánimemente como una de las escenas más sublimes de la literatura amorosa universal. No se puede idealizar más ni la belleza del encuentro ni la de los enamorados, pero no como situación definitiva, sino como premisa radical de una argumentación concesiva. Concedo tanta belleza, pero, ¿luego? En la temporalización de ese amor, en la historia de los dos amantes, ¿qué desenlace pediría la lógica de los planteamientos? De sobra es conocido el final trágico que espera a los principales personajes de la obra. Recordad la importancia dramática que la muerte desempeña. No creo acertada la interpretación que achaca a castigo el final trágico, justa sanción al mal obrar. No. No sería verosímil. La experiencia nos enseña que no todo el que obra mal recibe en esta vida, al menos, castigo semejante. Considero que la muerte ha de interpretarse de manera simbólica. Los que optan por un modo de amar o de vivir de tal manera han apostado por la muerte. ¿Cómo imaginar a un Calisto

fiel compañero de una Melibea que hubiera perdido los encantos de la juventud? El amor erótico es plural y breve en el tiempo. ¿Cómo expresar que este modo de amar, por bello e intenso que sea, implica necesariamente el final de la muerte? Muerte física o síquica, no existe otra salida para quienes elijan este modo de amar. Extensivo lo hace el autor al nuevo entramado de las relaciones sociales: la avaricia, el ansia de tener a toda costa, aboca a la sociedad a caer en manos de la violencia. La muerte convierte a *La Celestina* en obra trágica y no en melodrama. Es tragedia porque el desenlace no está puesto para que lloren los corazones sensibleros, sino para que reflexionen los espectadores y puedan salir purificados tras la contemplación (la catarsis aristotélica). No menos aleccionador es la segunda solución del desenlace para los que no mueren, la vivencia angustiosa del sentimiento de soledad. ¡Qué estremecedoras resultan las palabras de Pleberio, padre de Melibea, ante el cadáver de su hija!: «¡Qué solo estoy, nadie puede comprender mi mal!».

Con ser todos estos aspectos tan magistralmente presentados por Fernando de Rojas, ninguno alcanza en hondura a la función que encarna el personaje central de Celestina. ¿Vieja hechicera? ¿Bruja embaucadora? ¿Simple trabajadora que vive de un oficio bien hecho? (¿Qué importa cuál sea si con harta maestría le sirve como a cada cual el suyo para sobrevivir?). ¿O maestra indiscutible de la nueva sociedad? Con centero juicio Ramiro de Maeztu la llamó «sabia del hedonismo». Sí, «sabadora» de las claves de la nueva sociedad. Pero no para disfrute solitario y secreto. Celestina nos sobrecoge porque se alza como maestra inconfundible de los nuevos tiempos. Hamlet puede dudar. Celestina arguye, sentencia, denuncia inapelablemente, está en posesión de los secretos del saber de la modernidad. ¿Quién podrá atreverse contra su saber? En dos ocasiones demuestra Celestina su maestría: la más conocida, en el acto cuarto, cuando se enfrenta a Melibea y es capaz de desmoronar su virtud, transformando su rechazo a Calisto en entrega sumisa y apasionada. Pero no menos genial y sobrecogedor el encuentro de Pármeno, el criado leal, con Celestina en el acto primero.

Léanse despacio y con atención, descubrirán en la vieja a uno de los primeros maestros de la sociedad nueva. Escojamos un fragmento cualquiera:

«Pármeno.—Oh Celestina! Oído he a mis mayores que un ejemplo de lujuria o avaricia mucho mal hace; y que con aquellos debe hombre conversar que le hagan mejor; y aquellos dejar, a quien él mejores piensa hacer. Y Sempronio (criado desleal y corrompido) en su ejemplo no me hará mejor, ni yo a él sanaré su vicio. Y puesto que yo a lo que dices me incline (al amor de Areusa) sólo yo querría saberlo, porque a lo menos por el ejemplo fuese oculto el pecado. Y si el hombre vencido del deleite va contra la virtud, no se atreva a la honestidad.

Celestina.—Sin prudencia hablas, que ninguna cosa es alegre posesión sin compañía. No te retraigas ni amargues, que la natura huye lo triste y apetece lo deleitable. El deleite es con los amigos en las cosas sensuales, y especial en recontar las cosas de amores y comunicarlas: esto hice, estotro me dijo, tal donaire pasamos... Y para esto, Pármeno, ¿Hay deleite sin compañía? ¡Alahé, alahé, la que las sabe las tañe! Este es el deleite, que lo al, mejor hacen los asnos en el prado.

Pármeno.—No querría, madre, me convidases a consejo con amonestación de deleite, como hicieron los que careciendo de razonable fundamento, opinando, hicieron sectas envueltas en dulce veneno, para captar y tomar las voluntades de los flacos, con polvos de sabroso afecto cegaron los ojos de la razón.

Celestina.—¿Qué es razón, loco? ¿Qué es afecto, asnillo? La discreción que no tienes, lo determina; y de la discreción mayor es la prudencia; y la prudencia no puede ser sin experimento; y la experiencia no puede ser más que en los viejos; y los ancianos somos llamados padres; los buenos padres bien aconsejan a sus hijos, y especial yo a ti, cuya vida y honra más que la mía deseo. ¿Y cuándo me pagarás tú esto? Nunca, pues a los padres y a los maestros no puede ser hecho servicio igualmente.

Pármeno.—Todo me recelo de recibir dudoso consejo.

Celestina.—¿No quieres? Pues decirte he lo que dice el sabio: «Al varón que con dura cerviz al que le castiga menosprecia,

arrebatado quebrantamiento le vendrá y sanidad ninguna le conseguirá...».

¡Cuántos aspectos podríamos deducir de este diálogo en verdad dramático por enfrentado! Estamos en los aledaños del 1500. ¿Qué se nos dice de la razón? ¿Qué se nos afirma de la experiencia como única fuente de conocimiento? Quiero, sin embargo, destacar otro aspecto: Estamos ante un viejo tópico literario, el diálogo de un anciano y un joven. ¿Qué cabía esperar? ¿No debía hacer gala el anciano de su venerabilidad y el joven de su imprudencia y temeridad? ¿No estamos ante un mundo al revés: el anciano corruptor y el joven virtuoso? ¿Cuando más adelante examinemos un fragmento de *El Lazarrillo de Tormes* y escuchemos los consejos que le da el arcipreste de San Salvador a su vecino y criado Lázaro, podréis asentir conmigo en que, desde una perspectiva simbólica es harto significativo que los maestros de la modernidad sean la vieja Celestina y un clérigo relajado. No han sido nunca los jóvenes la causa directa de su propio descarrío, moral o ideológico. Los jóvenes se apartan del bien a causa de la doctrina corrompida y de los ejemplos perversos que transmiten quienes tienen la responsabilidad de enseñar la verdad: la ancianidad y la clerecía, en nuestro caso.

En cuanto al tema que venimos tratando habremos comprobado que para Celestina el mundo nuevo se caracteriza por la exaltación de la lujuria y de la sensualidad: La natura huye lo triste. Me permitiréis una cita más, aunque más breve, y podréis conocer el juicio de Celestina sobre la avaricia y la adquisición de riquezas:

«Pármemo.—Celestina, todo tiemblo en oírte. No sé qué haga, perplejo estoy. Por una parte téngote por madre, por otra, amo a Calisto. Riqueza deseo; pero quien torpemente sube a lo alto, más afna cae que subió. No querría bienes mal ganados.

Celestina.—Yo sí. A tuerto o a derecho, nuestra casa hasta el techo».

Sensualidad y ansia de riquezas a «tuerto o a derecho», las claves del nuevo mundo. La sociedad tenía forzosamente que

dejar de ser comunidad. ¿Tarde o temprano no le llegarían sus consecuencias a la misma familia?

Un mensaje casi semejante lo vamos a encontrar en la célebre novela *El Lazarillo de Tormes*. En algunos de los valores diríamos que Lázaro parece un discípulo aventajado de la moral de Celestina. Como es bien sabido, *El Lazarillo* es la novela que trata de contar «por extenso» la historia de un jovencito cualquiera que tras una serie de circunstancias vitales y de aprendizajes teórico-prácticos que le van transmitiendo los diferentes personajes con los que entrecruza su vida, termina por asumir con la más absoluta indiferencia y pasividad una situación de deshonra social y moral. *El Lazarillo* es formalmente una carta que escribe el propio Lázaro a un personaje principal al que designa con el título de «Vuestra merced» en contestación a la que éste le dirige pidiéndole que le dé noticias del «caso» o suceso que está en boca de todos en Toledo. El caso no es otro que las fundadas sospechas que existen de que la esposa de Lázaro es la amante del Arcipreste de San Salvador. Ante tal situación, ¿qué reacción podemos esperar de Lázaro? Es verdad que el hambre ha sido el acicate de su vivir, que el ciego le enseñó a «tener vista» en un mundo en que hay que saber un punto más que el diablo para sobrevivir, que el clérigo de Maqueda se le desveló como paradigma de la avaricia y de la crueldad, y que las honras al Escudero no le servían para darle de comer, y lo que es peor todavía, que no podía esperar ayuda de nadie sin mediar algún tipo de interés: la lección que saca del cabezazo contra el toro de piedra en el puente de Salamanca no puede ser más iluminadora: solo estoy; por mí mismo me las he de valer. Pero todo ello, ¿justifica el cinismo del desenlace?

Con un «yo» comienza la obra. Un «yo» testigo de la exaltación renacentista de la individualidad. Un «yo» que en su requiebro irónico delata la transformación que el mundo está sufriendo. «Yo a bien tengo que cosas nunca vistas ni oídas» no queden en el olvido. Así comenzaban también los libros de caballería. Las asombrosas hazañas de los caballeros eran en verdad cosas nunca vistas ni oídas; pero, ¿cuáles son las cosas

nunca vistas ni oídas del pregonero de Toledo, Lázaro de Tormes? Un caso de deshonra. El héroe se nos ha transformado en antihéroe. La vida cotidiana se ha convertido en materia novelable. Estamos a las puertas de la novela moderna. Ya no es posible el héroe, colectivo, de la epopeya. El protagonismo no podrá ser sino el individuo marginado y solitario, sus aventuras, las mil correrías azarosas que para satisfacer las necesidades deberá llevar a cabo en medio de una sociedad insolidaria. El pueblo, como ayuntamiento de todos para lograr el bien común, ya no existe. La ciudad medieval (*polis* y *civitas*) da paso a la ciudad comercial y «burguesa». Los demás serán la sospecha y reto para el embaucamiento y el fraude. No encuentro verso más expresivo de esta actitud de desconfianza ante los demás que el conocido de Lope de Vega «¡Qué tengo yo, que mi amistad procuras? ¿Qué interés se te sigue, Jesús mío?». Ese tener y ese interés delatan los móviles de la sociedad, aunque nos estremezca que tan profundamente el genial Lope se lo dirija incluso al mismo Jesucristo. Lázaro de Tormes es uno de los primeros prototipos de la nueva sociedad que se perfila desde el Renacimiento. No existen otros ideales que los del tener. En el Lazarillo se constata el cambio que el lenguaje está recogiendo. Antes, buenos eran los que obraban el bien, ahora, los que hacen bienes. «Arrímate a los buenos, para que seas uno de ellos». Le dijo la madre a Lázaro. Lo practicó al pie de la letra. Aprendió a estar cerca de los poderosos. ¿Qué importa perder el espíritu, si a cambio vas a disfrutar de los bienes y placeres de este mundo? Escuchemos la lección última que recibe del Arcipreste de San Salvador:

«Lázaro de Tormes, quien ha de mirar a dichos de malas lenguas, nunca medrará; digo esto porque no se maravillaría alguno, viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir de ella. Ella entra muy a tu honra y suya. Y esto te lo prometo. Por lo tanto no mires lo que pueden decir, sino a lo que toca, digo a tu provecho».

Con estos mensajes «liberadores» se inicia la construcción de la nueva sociedad. La novedad de la promesa podía embaucar

a muchos. Pero, ¿por cuánto tiempo? Yo sostengo que España se dio cuenta de las consecuencias funestas que acarrearían tales plantamientos. No puedo interpretar de otro modo el trágico desenlace de la *La Celestina*, advertencia para caminantes. Ni siquiera la corrosiva actitud de Lázaro, aunque no se nos cuente el final de su vida ni conozcamos sus vicisitudes posteriores. Creo que el silencio del autor, no otorga asentimiento a la tesis. Sino todo lo contrario. No olvidemos que en la España de los Siglos de Oro la honra ocupaba el puesto primero en la escala de valores. ¿Qué condenas no provocaría un modo de vida que llegaba a admitir la pérdida del honor a cambio del medro material? De cualquier manera, sí que vale la pena tener en cuenta nuestra gran literatura clásica. Don Quijote es el último héroe que combate contra el mundo social de las Celestinas y de los Lázaro de Tormes. Su derrota no augura sino los rumbos que la civilización occidental está tomando. No es la espada la que puede vencer la rebeldía del espíritu. No hay página más conmovedora ni profunda que la que nos narra la muerte de Don Quijote. Quien quiera entender la genialidad de nuestra inigualable novela que comience por el último capítulo de la segunda parte. En él se encuentran las claves de toda la obra. Don Quijote muere a causa de la melancolía que le ha ocasionado la imposibilidad de restaurar el código de valores de la antigua cristiandad. Recuperada la razón, se da cuenta de la raíz de su locura y del tiempo que ha perdido en acciones esforzadas y nobles, pero inútiles. No siente otro pesar que el de no haber dedicado su vida a la lectura de obras que le hubiesen aprovechado a su alma. Alonso Quijano, el bueno, tal es el verdadero nombre de nuestro héroe, quiso ser caballero y fracasó, le tentaron para que se evadiese en el mundo idílico de las novelas pastoriles, al final se dio cuenta de que lo único importante era ser santo, seguir la ruta que habían señalado nuestro grandes místicos, el hacia dentro, como única alternativa válida a la oferta de vivir a la altura de los sentidos y de las sensaciones que estaba imponiéndose como ideal de vida. España fracasó políticamente y su hegemonía cultural fue desbordada por el

triunfo de la Europa que surge después de la paz de Westfalia. La literatura española de los siglos XVIII y XIX no es sino la vacilación de seguir siendo fiel a las raíces hispánicas o apostar con mayor o menor intensidad por tomar el tren de la cultura foránea. Estúdiése el tema de europeizar o no a España desde el siglo XVIII a nuestros días.

Volvamos a nuestro tema. Desde la perspectiva que nos da el panorama que he pretendido exponer ¡qué profundidad adquieren las palabras iniciales citadas de Su Santidad Juan Pablo II!: «La fuerza autónoma de autoafirmación, no raramente contra los demás, en orden al propio bienestar egoísta». Sí, ahí creo encontrar las claves del desmoronamiento de la sociedad tradicional y de la situación de desconcierto en que se encuentra el hombre moderno. Desde los fundamentos de un individualismo egoísta y hedonístico, era inevitable que la sociedad familiar sufriese sus embestidas y perturbaciones. Primero la familia en sentido extenso. La que supone no sólo padre, madre e hijos, sino el parentesco y los que conviven en la casa y prestan en ella un servicio. Etimológicamente «familia» proviene de *fámulus* que significa siervo o criado. Si el primer divorcio de hecho fue la desvinculación del individuo de los lazos que le unían con la comunidad patria, el segundo ha sido la ruptura de los compromisos de servicio y amor debidos a los miembros de toda la familia. Nada más monstruoso que el abandono de los padres mayores o de los familiares enfermos. ¿Podíamos extrañarnos del divorcio legal de nuestros días? En el Renacimiento la sociedad general dejó de ser comunidad. En nuestros días le ha llegado el turno a la sociedad familiar. El hombre y la mujer son contemplados como individuos diferenciados por intereses y necesidades. Declaraba recientemente en un programa televisivo de la tarde una sicóloga a la pregunta del entrevistador de por qué se separan los matrimonios, con estas ilustrativas palabras: «la desaparición del deseo». No creo que la cita necesite constatación por estar tan divulgada en nuestros días. Está claro. El mundo de las relaciones interpersonales resulta inimaginable para quienes conciben al ser humano como encrucijada

de apetencias. Ya enseñaba Garrigou Lagrange: «Desarrollar la individualidad es vivir la vida egoísta de las pasiones, constituirse en centro de todos y terminar siendo, al fin, esclavo de mil bienes pasajeros que nos proporcionan una mísera vida momentánea». Cuando la familia se concibe como suministro de apetencias y deseos no se puede en modo alguno comprender qué pueda ser una comunidad de vida y amor. En ella las relaciones interpersonales no podrán tener cabida. La casa quedará reducida a pensión o posada pero no a aquel lugar donde sea posible que el corazón encuentre también su descanso.

Las leyes del divorcio son el reconocimiento jurídico de la descomposición del ser humano como persona. El divorcio no es el reconocimiento de la separación marital de un hombre y una mujer. Eso es la separación. El divorcio es el reconocimiento jurídico de la no existencia de vínculos de paternidad y maternidad respecto a los hijos y entre ellos como esposos. El divorcio no «divorcía» a la pareja en cuanto pareja, sino a la pareja en cuanto familia. Resulta chocante que una sociedad que se confiesa mayoritariamente divorcista defienda por el contrario el derecho de los padres a la educación de los hijos. Los jueces que aplican la ley del divorcio exigirán garantías para cubrir las necesidades materiales; pero, ¿cómo poder atender las necesidades espirituales, si precisamente la pareja divorciada ha renunciado al derecho que tienen los hijos de que, aunados, les dediquen su amor y desde ese amor les interpreten la vida? La educación exige la condición irrevocable de paternidad y maternidad conjuntamente. Quien es divorcista antepone la condición de individuo a la de persona, reclama lo que corresponde como animal, ha renunciado a lo que le corresponde como hombre. Ningún argumento *ad hominem* más contundente contra el divorcio que la inclinación natural de todos a responsabilizarse de la educación de los hijos.

La pérdida de los lazos de comunidad trajo consigo la pérdida de los compromisos de solidaridad y la conciencia de que los otros son contricantes y adversarios y difícilmente amigos si compañeros. Recordad el *homo homini lupus*. ¿Podía llegar la agre-

sividad a los mismos miembros de la familia, que también sus componentes pudiesen ser lobos los unos para los otros? Terrible injusticia es que puede nacer un niño al que se le niegue el derecho a la ternura y cariño de unos padres. Faltaba, sin embargo, que el niño pudiera encontrar en sus padres a los primeros enemigos y a su madre como al primer lobo carnicero. ¿Qué otra cosa es la ley horrenda del aborto, crimen que salpica a todos los ciudadanos, sino el reconocimiento de que los padres pueden deshacerse de los miembros no nacidos molestos o deficientes, con ayuda y auxilio de la misma sociedad?

La sociedad ha recorrido un largo y lento proceso. Los siglos parecen indicar que nos encontramos, como afirmaba el poeta Eduardo Carranza, de grato recuerdo, en el atardecer del Renacimiento. La vana pretensión de colocar al hombre en lugar de Dios, la egolatría de los siglos precedentes y nuestros, no sólo ha sido imposible sino que ha arruinado al mismo hombre. La muerte de Dios, como se está repitiendo con tanta verdad, ha supuesto la muerte del hombre.

No puedo, por razones de espacio y tiempo, entretenerme en demostrarlo desde el ámbito de la literatura. Simplemente recordar la impresión de tristeza que despierta la literatura de nuestro siglo. *El árbol de la ciencia*, de Baroja, con razón, reconocida como paradigmática dentro de los escritores del 98, es la historia de un hombre, Andrés (*aner, andrós*) Hurtado (¿Robado?), que no encuentra otra salida racional a la vida que la del suicidio. *Luces de Bohemia* comienza exaltando el suicidio colectivo, como única actitud noble ante la esperpéntica situación de nuestra civilización. *La Colmena*, se subtitula caminos inciertos y nos cuenta la frustración existencial de unos seres humanos hastiados y derrumbados por el sinsentido de la misma vida. *Tiempo de silencio* nos cuenta el fracaso del proyecto de vida imaginado por el protagonista, Pedro, incapaz de superar las dificultades que el tiempo y el espacio le presentan. La lista sería interminable. Es verdad que existen otras respuestas desde la literatura. Además de la que han dado escritores comprometidos con la fe, no es menos significativa la que podemos encua-

drar en la denominada literatura de la evasión. Como si de ciclos alternativos se tratase, se han ido sucediendo movimientos que denuncian la situación humana y movimientos que pretenden soslayar el pesimismo con la diversión y el entretenimiento. La década de los ochenta está ofreciendo una literatura que quiere ocultar la amargura con una diversión desenfrenada. ¿Por cuánto tiempo? En tanto no se subsanen las premisas de la rebeldía ni se restauren los cimientos de la cristiandad no tardará en vivirse de nuevo la amargura existencial que conlleva. Es doloroso, no obstante, doblemente doloroso, que España, que supo combatir durante tanto tiempo y resistir empecinadamente, haya decidido en el último momento subirse a un tren del que hace tiempo que se sabe que no lleva a ninguna parte.

¿Estamos todavía a tiempo? Se preguntaba Jaques Leclercq en la conclusión de su gran libro *La familia*, editado por Herder.

Con optimismo plausible, respondía: «Frente a la inteligencia dotada del tremendo poder de equivocarse y de aplicar a las consecuencias del error toda la fuerza de la lógica hecha para conducir a la verdad, la naturaleza permanece inflexible, tanto como los principios y ella es quien debe decir la última palabra. Los hombres pueden raciocinar, pueden negar la naturaleza y sus exigencias, negar el derecho natural y la moral. La naturaleza, imparable, les deja decir, continúa desarrollando las fases de su ciclo eterno; y nada permite sospechar la más pequeña sombra de un movimiento de impaciencia o enojo en Aquel cuya voluntad soberana se manifiesta en el mundo. La naturaleza imparable deja decir, pero castiga. Por un proceso lento tan irresistible como el de las estaciones o el de la marea el que se equivoca se envilece y, si persevera en el error, muere a causa de él». Poco antes había dicho: «El error puede apoyarse en argumentos irrefutables en apatencia, pero basta ponerlo en práctica para que se hunda».

Creo que el hombre moderno ha bebido el cáliz de su propia locura. Basta mirar alrededor y comprobar el hastío y la tristeza que agobia el corazón de nuestros contemporáneos. La literatura espejo de su tiempo no podía reflejar otra cruda reali-

dad. Nunca del hombre se han escrito mayores vilezas ni se ha contemplado como ser más desvalido y desvencijado.

Dice Leclercq: «El mundo contemporáneo se ha visto desgarrado entre dos filosofías, una de las cuales es la expresión de todos los siglos, que la otra cree derribar bajo la capa de progreso... La primera está basada en la naturaleza del hombre. Responde a su necesidad de perfección y permite todos los progresos, mientras que la segunda parte de una ilusión individualista y, prometiendo la felicidad, agotada la fuente de la vida, arruina la educación y amenaza desmoronar la civilización».

Partíamos nuestra charla de dos citas fundamentales, la de Ratzinger que consideraba a la familia como último reducto de la libertad y la de Juan Pablo II que nos presentaba la familia como comunidad de vida y amor. Creo que tras la exposición podrá valorarse la trascendencia de su actualidad y urgencia.

Es la familia el lugar originario de la libertad. Es la familia una comunidad de vida y amor. Para bien del hombre, para salvaguardia de la humanidad, es necesario recorrer en sentido inverso el camino de la historia. Urge educar hombres verdaderamente libres que desde su libertad personal formen familias libres que hagan municipios libres y que, por serlo, constituirán regiones libres que harán libre a nuestra patria y desde ésta, libre a la humanidad.